

Francisco Giner o la conciencia del ensayo: el legado krausista en el hispanismo norteamericano

Ana González Tornero
PhD Brown University

En 1861 Emilio Castelar escribía sobre el buen arraigo de la filosofía krausista en la vida española porque enseñaba, entre otros motivos, “a estimar la propia razón y a oír la propia conciencia” (Manrique, 1936: 72). Este revelador apunte se sitúa en un periodo del siglo XIX que Juan López-Morillas denominó “crisis de la conciencia española” (1972: 122) —entre la Revolución de Julio (1854-1856) y la Restauración (1875-1923)— por el gran “solivianto espiritual” (López-Morillas, 1972: 121) en que estaba sumida la sociedad. Dicho proceso, generado en cierta medida por la aclimatación del liberalismo a la moral patria, permitió a muchos ahondar en la intimidad de la conciencia. Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastián afirman, partiendo de la crítica que Menéndez Pelayo hizo al krausismo, que en nuestro país no hubo un cuerpo teórico genuinamente liberal “hasta mediados de siglo, con la llegada a España del pensamiento krausista de la mano de Sanz del Río y su adaptación a la realidad nacional tanto por él como por sus discípulos” (2002: 426). De ahí que, a pesar de las crisis, el liberalismo de raigambre krausista fuera clave de progreso en una etapa que simboliza la “Edad de Oro Liberal” (Marichal, 1982: 325).

El término *liberalismo* posee significados muy diversos. Lo emplearemos aquí en su acepción de doctrina fundada en la libertad del individuo, que rompe con el absolutismo y hunde sus raíces en la historia gaditana. No en vano el adjetivo *liberal* procede de nuestra lengua y su uso se popularizó durante los años de Cortes en Cádiz, que nutrieron la prosa de ideas al favorecer el desarrollo de la opinión pública y de la prensa periódica. De modo paralelo, la figura del intelectual, entendida en un sentido amplio, adquirió desde principios de siglo una categoría pública equiparable a la del *profeta* según el marbete con que Harold Bloom identificó a ensayistas anglosajones de tono reflexivo y sapiencial como Samuel Johnson, Thomas Carlyle o John Ruskin, herederos de la tradición de Michel de Montaigne (2005: xi). En España, sin embargo, el ensayo resultó ser un género escurridizo hasta finales del XIX.

Ahora bien, como indicó Francisco Giner de los Ríos, esta forma de encauzar la voz del *yo* iba ligada al “testimonio de la conciencia *racional*” (2008: 17),

por lo que la voluntad de comprender alentaba la génesis de la escritura ensayística. En dicha línea gnoseológica, López-Morillas subrayó la necesidad ginerina de producir “historia *interna* [...], poner al descubierto las cambiantes estructuras de la vida humana, empezando con el análisis preciso de cuanto contribuye a formar el carácter de un pueblo” para adentrarse “en estratos de vivencia frecuentemente desdeñados por la historiografía tradicional” (1998: 42). Por eso, no es de extrañar que la literatura surgida en momentos de crisis recurra a mecanismos introspectivos: la centuria que pidió examen de conciencia a sus personajes literarios no podía ser menos en el ámbito de la no ficción.

Si se aplica una mirada arqueológica —siguiendo a Michel Foucault— es posible detectar los factores que determinaron las categorías del discurso literario y las prácticas que crearon las condiciones de existencia del ensayo en España pues, si bien carecía de preceptivas, el advenimiento del liberalismo fraguó sus “superficies de emergencia” (Foucault, 1999: 67). El enfoque pragmático de este análisis, que se asocia a la crítica posmoderna y a los estudios culturales, se encuentra también en la obra de Giner para quien “en tiempos atrás se tomaba a las formas como tipos inmutables, inmóviles, casi petrificados, lejos de ver en ellas otras tantas manifestaciones oscilantes de la fuerza y proceso interior con que evoluciona la vida” porque la “riqueza interior de nuestras representaciones, que son ya una visión finita del objeto, fluctúa constantemente, desvaneciendo y deformando sus límites para responder de algún modo, a fuerza de sustituir unas por otras, a la inabarcable riqueza de la realidad” (1973: 146-147). Así, estas palabras vinculan la significación artística a coordenadas espacio-temporales concretas en lugar de a parámetros universales.

De manera afín, Pierre Bourdieu situó el origen del campo cultural en el siglo XIX y abordó la convencionalidad de los géneros para explorarlos como fruto de la recepción y del reconocimiento de un capital cultural específico. Desde esta perspectiva “las alteraciones de la jerarquía de los géneros, de las escuelas o de los autores” acontecen “cuando pueden apoyarse en cambios externos del mismo sentido” (2002: 194). Esta evaluación, como evidencia Stanley Fish, atribuye la apreciación de las cualidades literarias al consenso de una “comunidad de intérpretes” (1989: 141), no a la forma del discurso, e implica que dicha estimación, en lugar de objetiva y transhistórica, resulte sistémica, circunstancial, dinámica, fabricada (Fish, 1980: 11) y corrobore un “mundo de creencias” (Bourdieu, 1993: 42) compartidas por la comunidad. En el caso español el funcionamiento del campo cultural decimonónico contribuyó a situar la práctica ensayística dentro del marco literario.

En el último cuarto del XIX, escritores como Clarín plantearon la existencia del ensayo en la intersección de la literatura con la esfera pública y pergeñaron un canon: entre los nombres reivindicados por el autor de *La Regenta* se encontraba el de Francisco Giner de los Ríos. Sus estudios y artículos, recogidos en tomos consignados como *Ensayos*, no fueron tenidos en cuenta por la crítica que, según recalca Alas en *Ensayos y revistas* (1892), obviaba “ciertas obras de Cas-

telar, de Pi y Margall, de Giner, de González Serrano, etcétera, etcétera” con “aspecto artístico” (Clarín, 2003: 1694-1695). Es más, resalta la escasa atención prestada a los “géneros intermedios o mixtos” (Clarín, 2003: 1694) que, sin embargo, cohesionaron la producción ensayística gracias a la eclosión de la prensa, la profesionalización de los literatos y su interés por la política.

Al estudiar el ensayo en clave sistémica se observa que su emergencia va ligada a relaciones jerárquicas entre agentes, productores y otros elementos en pugna (Even-Zohar, 1990: 86). Asimismo, en este contexto algunos escritores eran considerados “hacedores de ideas” (Even-Zohar, 2010: 185), ya que, según indica Itamar Even-Zohar, generaban modelos mentales en el colectivo lector y creaban “new or alternative ideas for the repertoires of culture”, pues “these people joined in the activity of making ideas with the purpose of shaping the culture of the groups they belonged to, or creating new or modified groups in the first place” (2010: 195, 193). Es por esto que el ensayo se erigió como forma literaria capaz de influir en múltiples sectores de la sociedad.

Francisco Giner de los Ríos, siempre atento a su entorno, ejemplifica la figura del *hacedor de ideas* entregado a la tarea de *hacer hombres* para educar a la persona social. José Ángel Valente señaló su capacidad de “dar al ideal la forma precisa que la realidad exigía para que la modificación de esta fuese auténticamente posible” (2006: 187) y destacó su “sentido de la proporción histórica” (2006: 187). A través de su labor en diferentes ámbitos sociales, el artífice de la Institución Libre de Enseñanza se presenta como un reformador consciente de que la escritura avivaba el “espíritu crítico” (Giner, 1973: 144) y fomentaba “la reflexión libre” (Giner, 1973: 145) para elevarse a la racionalidad y hacer “de un ser persona” (Giner, 1920: 41).

La filosofía krausista otorgaba un papel básico a la conciencia, puesto que en ella se cimentaba el ideal. Giner así lo expresa cuando escribe:

La comunicación de individuos [...] va engendrando, mediante la compenetración de sus diversos pensamientos, afectos, propósitos, una expresión común, un fondo homogéneo de ideas, emociones, tendencias, que no es la mera resultante mecánica de los elementos individuales, sino que el ser social, subordinando estas fuerzas y contrayéndolas dentro de su esfera, necesidades, condiciones y límites, las determina por relación a su fin en un producto orgánico... Tal es la génesis del espíritu público —en términos más amplios— de la conciencia social (2008: 26).

De este modo, los discursos ginerinos cimentaron el caudal ensayístico y el recorrido de la conciencia individual a la colectiva. López-Morillas apuntó que para Giner “escribir sobre arte o literatura no es un mero paseo contemplativo por amables comarcas del espíritu, ni mucho menos una gimnasia intelectual, sino una demanda de salvación” (1972: 186). Por lo tanto, la conciencia del ensayo representa la máxima expresión del racionalismo armónico como herramienta a través de la cual educar y “despertar en nuestro ser y vida el sentido de lo supre-

mo, divino y absoluto” (Giner, 2008: 13). De ahí que el maestro recurriera a la palabra para mejorar la sociedad.

La transmisión del legado de Giner en España se interrumpió con la guerra civil. Ahora bien, Juan López-Morillas, que había obtenido en 1934 una beca de la Universidad de Iowa y fijado su residencia en Estados Unidos, conservó la tradición democrática de la España peregrina. Esto le permitió, durante su etapa en la Universidad de Brown (1943-1978), ser pionero en la restitución del movimiento krausista a la primera línea de los estudios decimonónicos. Elías Díaz recuerda *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual* como “aquel libro inolvidable que, publicado en México en 1956, tan poderosamente contribuyó a abrir los ojos hacia nuestro reciente pasado liberal y ‘heterodoxo’” (1982: 171). Así, los trabajos de López-Morillas establecen las bases para analizar las superficies de emergencia del ensayo de corte liberal y constituyen una pieza clave del hispanismo norteamericano situado en el marco del “pensamiento de Ultramar” (Marichal, 1982: 325).

En su obra, que abarca las culturas española e hispanoamericana de los siglos XIX y XX, destacan *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual* (1956); *Intelectuales y espirituales: Unamuno, Machado, Ortega, Marías, Lorca* (1961); *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología* (1972), y *Racionalismo pragmático* (1988). También, las antologías *Krausismo: estética y literatura* (1973) y, en particular, la de textos de Giner titulada *Ensayos* (1969) donde elabora un canon. Esta sigue siendo, junto con las de Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Adolfo Sotelo, Gonzalo Capellán y Eugenio Otero, una muestra de la actualidad del pensamiento de su autor.

Giner de los Ríos recogió el testigo de los ilustrados, marcó el camino a los regeneracionistas y orientó sus proyectos al porvenir convencido de que las “obras lentas son las duraderas” (Giner, 1973: 117). De esta máxima parte López-Morillas cuando recobra la investigación sobre el krausismo, ya que entiende que “la bella literatura es diagnosis del pasado a la vez que prognosis del futuro” (1990: 19). El canon que hace de la obra de Giner tiene en cuenta escritos publicados en la *Revista Meridional*, *La Ilustración Artística*, el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* y en los tomos *Estudios literarios* (1866), *Estudios de literatura y arte* (1876) o *Ensayos sobre educación* (1886), luego recogidos en las obras completas de La Lectura, Espasa-Calpe y Tecnos. En su compendio, López-Morillas no solo alumbró las investigaciones sobre el krausismo y contribuye él mismo a la producción ensayística, sino que entabla un diálogo con la obra de Giner de los Ríos en un canon a dos voces. La lectura conjunta de ambos pone de manifiesto esa polifonía concomitante en temas nucleares, como, por ejemplo, la educación, el pensamiento y la universidad. Uno y otro analizan la historia cultural con mirada sociocrítica y, en el caso del profesor López-Morillas, ajustándose a la máxima de Giner según la que “todo acto intelectual es un acto de conciencia” (2008: 5).

Tres ensayos paradigmáticos de la antología mencionada ilustran estas afinidades. En “La juventud y el movimiento social”, que Giner escribió en 1870 y

López-Morillas analizó, entre otros trabajos, en *Racionalismo pragmático*, conocemos la decepción del maestro ante los resultados de la revolución de 1868. No oculta su desaliento por la imposibilidad de reformar la sociedad desde la política y reconoce que el verdadero revulsivo sería educar a las personas. Para conseguir el “floreamiento ideal del espíritu” (Giner, 1973: 136) se embarca, como observa López-Morillas, en “la labor de despertar conciencias” (1982: 49), pues la pedagogía krausista pretende ir más allá del mero conocimiento (Payo de Lucas, 2010: 174). Así, en “Cómo empezamos a filosofar” (1887) describe el modo en que, mediante el “comercio con el pensamiento ajeno” (Giner, 1973: 143), se despierta la conciencia para discurrir sobre los temas principales de la vida e intentar “resolverlos de mejor manera” (Giner, 1973: 144). Además, en este texto, el autor explica la dicotomía entre el espíritu crítico —“estimula la reflexión” (Giner, 1973: 144)— y el de contradicción —“solo nota lo disconforme” (Giner, 1973: 144)— que tanto afectaban a la dialéctica social. En el capítulo de *Racionalismo pragmático* titulado “Redención por la enseñanza”, López-Morillas señala, a este tenor y en clara sintonía con Giner, que dicha oposición perenne se suele resolver a favor del sofisma y en demérito de la verdad porque lo más sencillo es “equiparar la hinchazón verbal con la inteligencia y la facundia con la erudición” (López-Morillas, 1998: 65). En consecuencia, las generaciones venideras, puesto a prueba su “afán iconoclasta” (López-Morillas, 1998: 65), deberían aplicarse de nuevo en desterrar contradicciones para renovar la ciencia y la cultura.

Cabía entonces un plan de reformas que impulsara la perfectibilidad en todos los niveles de la enseñanza. Con este propósito Giner, en “¿Qué debe ser la universidad española en el porvenir?” (1902), considera la academia como “una potencia ética de la vida” (1973: 137) y López-Morillas responde que, aun no siendo esta su función exclusiva, “ningún otro órgano social está en condiciones de asumir con igual competencia” la inmensa tarea “de regenerar en lo moral, refinar en lo espiritual y vigorizar en lo físico la vida nacional” (1998: 135). Para Giner el impulso del progreso residía en la educación y en la suma de razón e idealidad cuya fusión teórico-práctica se hallaba en “el *sentido común* [...] que aprendió de su maestro Llorens i Barba” (Payo de Lucas, 2010: 170). Y aunque los plazos fueran largos, López-Morillas reconoce, con tono ameno y enfoque científico riguroso, que “si se tiene presente que los ideales no son puertos de arribada, sino índices de derrotero, hay motivo más que suficiente para seguir profesando el de Giner con fe robusta” (1973: 17).

Juan López-Morillas recuperó el legado krausista, acercó la literatura del siglo XIX al XX y construyó un canon del ensayo. Redescubrió territorios discursivos de vibrante actualidad y trazó, en la obra de Francisco Giner de los Ríos, el recorrido de la conciencia liberal que refunda identidades futuras. Los trabajos de Giner y los de López-Morillas muestran el compromiso de la palabra con el desarrollo social y con la escritura ensayística que ayuda “in becoming ourselves, as caring singularities rather than as individualists indifferent both to ourselves and to others” (Bloom, 2005: xii). El utilitarismo y la falta de ideales de-

nunciados por Giner y sus epígonos se asemejaban a los que López-Morillas observó en su tiempo y, en cierto modo, a los de hoy. Para contrarrestarlos, Leopoldo Alas había reivindicado en *Un discurso* (1891) la necesidad de promover las humanidades, la conciencia del ideal y la ética. Estas servían, según Luis de Zulueta evocaba el magisterio ginerino, “para formarnos una concepción del mundo y para mondar una naranja” (1915: 252). Por eso, ahora que empieza a hacer falta rehumanizar el entorno y ya que las disciplinas humanísticas permiten formar a personas prácticas, sensibles y civilizadas, “[p]ongamos en ello un poco de alma, y lo mismo da la naranja que el cosmos” (Zulueta, 1915: 252). Era una de las lecciones del siglo XIX para el XX y lo es también para el XXI.

Bibliografía

- BLOOM, Harold (2005), *Essayists and Prophets*, Philadelphia, Chelsea House.
- BOURDIEU, Pierre (1993), *The Field of Cultural Production: Essays on Art and Literature*, Randal Johnson (ed.), Gran Bretaña, Columbia University Press.
- BOURDIEU, Pierre (2002), *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama.
- CLARÍN [Leopoldo ALAS] (2003), *Obras completas. Crítica (segunda parte)*, Laureano Bonet (ed.), vol. IV, Asturias, Nobel.
- DÍAZ, Elías (1982), “Institucionistas y socialistas en la España contemporánea”, en José Amor y Vázquez y A. David Kossoff (eds.), *Homenaje a Juan López-Morillas. De Cadalso a Aleixandre: estudios sobre literatura e historia intelectual española*, Madrid, Castalia (171-182).
- EVEN-ZOHAR, Itamar (1990), “System, Dynamics and Interference in Culture: A Synoptic View”, *Poetics Today*, n.º 11.1 (85-94).
- EVEN-ZOHAR, Itamar (2010), “Idea-Makers, Culture Entrepreneurs, Makers of Life Images, and The Prospects of Success”, *Papers in Cultural Research*, Unit of Culture Research, Tel Aviv University (185-203).
- FISH, Stanley (1980), *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge, Harvard University Press.
- FISH, Stanley (1989), *Doing What Comes Naturally*, Oxford, Clarendon Press.
- FOUCAULT, Michel (1999), *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.
- FUENTES, Juan Francisco – Fernández Sebastián, Javier (dirs.) (2002), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1920), *Lecciones Sumarias de Psicología*, Madrid, La Lectura.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1973), *Ensayos*, Juan López-Morillas (ed.), Madrid, Alianza.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco (2008), *La persona social. Estudios y fragmentos*, José Luis Monereo Pérez (ed.), Granada, Comares.
- LÓPEZ-MORILLAS, Juan (1972), *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología*, Barcelona, Ariel.

- LÓPEZ-MORILLAS, Juan (1973), Prólogo, en Francisco Giner de los Ríos, *Ensayos*, Madrid, Alianza (7-17).
- LÓPEZ-MORILLAS, Juan (1982), “Francisco Giner: de la Setembrina al desastre”, en Eugenio de Bustos Tovar (coord.), *Actas del cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*, vol. 1 (37-54).
- LÓPEZ-MORILLAS, Juan (1990), “Estudio preliminar”, en Juan López-Morillas (ed.), *Krausismo. Estética y literatura*, Barcelona, Lumen (9-30).
- LÓPEZ-MORILLAS, Juan (1998), *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza.
- MANRIQUE, Gervasio (1936), *Sanz del Río*, Madrid, M. Aguilar.
- MARICHAL, Juan (1982), “El pensamiento español de Ultramar (1939-1979)”, en José Amor y Vázquez y A. David Kossoff (eds.), *Homenaje a Juan López-Morillas. De Cadalso a Aleixandre: estudios sobre literatura e historia intelectual española*, Madrid, Castalia (325-332).
- PAYO DE LUCAS, Jesús Pedro (2010), “La teoría del conocimiento de Francisco Giner de los Ríos: la formación de lo humano”, *Éndoxa: Series Filosóficas*, 25 (165-184).
- VALENTE, José Ángel (2006), *Obras completas II. Ensayos*, A. Sánchez Robayna y C. Rodríguez (eds.), Barcelona, Círculo de Lectores – Galaxia Gutenberg.
- ZULUETA, Luis de (1915), “Lo que nos deja don Francisco Giner”, *La Lectura*, año xv, tomo I (249-268).